

Desde el verano de 1269 no se había vuelto á presentar en Alemania y ya casi nadie se acordaba de él cuando, á los dos años, falleció.

Solo bajo un concepto tuvo importancia para el desenvolvimiento del reino el supuesto reinado de Ricardo. En el verano de 1262, el rey Ottokar de Bohemia, que al fin se había decidido por él, recibió la confirmación de la posesión de los territorios imperiales usurpados, que le fueron concedidos en feudo sin que el orgulloso bohemio se presentara personalmente ante el monarca. De esta suerte quedó legalizada la usurpación, y lo que hasta entonces había sido un robo fué, en lo sucesivo, á los ojos de muchos, una posesión legítima. Con esto coincidió el hecho de que Ottokar II se divorciara (año 1262) de su esposa la austriaca Margarita, pues ya no necesitaba el título jurídico respecto del Austria que en otro tiempo había adquirido por ella. Ottokar deseaba sobre todo tener un heredero á quien dejar el reino por él constituido; así es que apenas su matrimonio quedó disuelto (cosa entonces muy frecuente) bajo fútiles pretextos y gracias á la sumisión del clero, celebró con gran solemnidad sus bodas, en Pressburgo, con Cunegunda, la joven y hermosa nieta de su antiguo rival Bela IV. El hecho de emparentarse con la dinastía húngara demostraba cuáles eran los planes que se había trazado el rey bohemio, para quien el de Hungría se convertía de peligroso adversario en protector y la Hungría venía á auxiliarle en sus proyectos de engrandecimiento. Teniendo seguras las espaldas, reanudó Ottokar en los siguientes años la devastadora guerra contra Baviera, aunque sin éxito inmediato; pero logró atraerse las comarcas montañosas de Carintia y de Carniola, por haberle instituido heredero, con aprobación de los estados de su país, el duque Ulrich de Carintia, último de su raza, pues que su hermano Felipe había sido nombrado patriarca de Aquileya, en parte por efecto de los ambiciosos manejos de Ottokar. Cierta partido intentó disputarle la herencia, pero fué vencido fácilmente.

Este incremento que tomaba el reino bohemio constituía un grave peligro para Hungría; por eso, á pesar del parentesco entre los dos reyes, se aumentó su antagonismo, ocurriendo el rompimiento cuando, en 1270, subió al trono el hijo de Bela IV, Estéban V, hombre muy aficionado á las aventuras y que hasta entonces había gobernado como co-regente. Los húngaros invadieron y devastaron el Austria; en cambio, en la primavera de 1271 penetró Ottokar triunfante en Hungría al frente de un formidable ejército y se apoderó de Pressburgo y de Wieselburgo; pero la superioridad de la caballería enemiga le obligó, despues de sangrientas luchas á orillas del Leith, á emprender la retirada, teniendo que contentarse con la paz de Pressburgo, en la cual el rey húngaro confirmó y reconoció el *status quo ante bellum*. Pronto se vió por este lado libre de todo cuidado: una guerra de sucesión que, á la muerte de Estéban V (1272) estalló entre sus dos hijos, entregó la Hungría durante algunos años á la lucha civil y ofreció á Ottokar ocasion de presentarse como vengador de su cuñado Bela y de conquistar toda la comarca fronteriza hasta Maag, juntamente con la importante Pressburgo. De igual manera consiguió una situación favorable respecto de la amenazada Baviera: la sensible contienda que por la división de la herencia Staufen estalló entre los duques bávaros Luis y Enrique, hasta entonces lealmente unidos, hizo que el segundo, que en un principio había estado al lado de Hungría, se pasara á la causa de Ottokar, con quien firmó una alianza ofensiva y defensiva.

Mientras de esta suerte se formaba en el Sudeste del imperio una gran potencia, en la cual el rey de Bohemia unía á su reino hereditario el Austria, la Estiria, la Carintia, la

Moravia, la Carniola, la Marca wenda y Eger, potencia que con su fuerte cohesión superaba en importancia á todas las demás de anteriores tiempos, seguían reinando en los restantes territorios del imperio la desunión y el desorden, que apresuraban la ruina de la potencia alemana en el exterior é influían en un profundo cambio de cosas en el interior. La desaparición del verdadero poder monárquico fué causa de que quedara completamente anulada la relación feudal en que estaban los príncipes respecto del jefe del imperio, relación que, por otra parte, era hacia tiempo ilusoria y solo se conservaba como mera fórmula. La supremacía territorial, cada día mayor, de los príncipes alemanes había llegado entonces á su sazón, no sin originar nuevas y terribles luchas, pues de la misma manera que por un lado la nobleza se levantaba en defensa de sus libertades y procuraba librarse con hechos violentos de la impotencia política y de la ruina económica en que amenazaba sepultarla el movimiento que se iba realizando, por otro lado las ciudades se oponían al afán de soberanía que manifestaban, sobre todo los obispos. Las luchas de los de Estrasburgo contra su obispo, Walter de Geroldseck, á quien juntamente con sus auxiliares nobles derrotaron en la sangrienta batalla de Hausbergen (1261); y las de los habitantes de Colonia contra el arzobispo Engelberto, fueron favorables á las libertades municipales y dejaron sentir sus efectos en círculos mayores de los que directamente tuvieron parte en aquellas luchas. La orgullosa neutralidad que la confederación de ciudades del Rin observaba entre los reyes que se encontraban en lucha y la creciente importancia de la Hansa en el Norte, demostraron que no eran los príncipes, como ellos creían, los únicos que constituían el imperio, sino que en su composición ulterior comenzaban á entrar factores completamente nuevos.

Estas circunstancias trasformaron esencialmente la situación de Alemania respecto de sus vecinos; el imperio no era ya el centro alrededor del cual gravitaba el desenvolvimiento del sistema de Estados europeos: la Italia se separaba cada vez más de la antigua alianza; la Borgoña tiempo hacia que se había apartado del imperio, encaminándose á su anexión al Estado nacional francés, que se estaba formando; la Alemania había dejado de ser en el Norte la potencia directora por la superioridad de su civilización; en el Sudeste, Ottokar de Bohemia se encontraba al frente de un reino germano-eslavo, que con su fuerza de atracción, cada día mayor, debía influir en la raza eslava y podía llegar á ser un gran peligro para la nación alemana. Las penosas luchas producidas en el interior por la crisis política y económica habían acabado con las tendencias colonizadoras de los alemanes. Solo en un territorio, y por cierto en forma enteramente nueva y característica, se realizaba un gran trabajo de esta clase que hacia concebir halagüeñas esperanzas para el porvenir, trabajo cuya iniciativa, á pesar de lo revuelto de la época, partía de Alemania. Mientras desaparecía la antigua magnificencia del imperio de los Salios y de los Staufen, convirtiéndose en una confederación de territorios independientes, alzabase en el Nordeste, á manera de puesto avanzado y sin lazo alguno de unión con la patria alemana, aquella grande y característica colonia alemana que al cabo de algunas generaciones fué considerada, en parte con envidia, en parte con esperanza, como una nueva Alemania, y que en realidad estaba destinada á ser, por un procedimiento de desarrollo sorprendente, cuna del restaurado imperio alemán. Todas las razas alemanas, así el noble como el plebeyo y el labrador, tuvieron en este trabajo su parte, y á pesar de su forma y organización exteriores, únicas en su clase, el Estado de la orden teutónica en Prusia fué una creación común de todo el pueblo alemán, en la que se demostró de un modo brillante la

fuerza generadora que alentaba en él, aun en aquellos revueltos tiempos de decadencia.

La orden teutónica de Santa María de Jerusalem, creada al pié de los muros de San Juan de Acre, durante la tercera cruzada, había adquirido en los Santos Lugares extensos bienes y fama militar, sin que por esto pudiera ponerse al lado de los Sanjuanistas ni de los Templarios. Aquella orden, en medio de las difíciles circunstancias por que atravesaba la Palestina, creó una escuela ilustre bajo el punto de vista militar, político y administrativo; su brillante carrera comenzó con su tercer gran maestre Hermann de Salza (1211-1235), el amigo íntimo y el consejero más influyente del emperador Federico II. A este sabio hombre de Estado no se le escapó que en el Oriente era inevitable una crisis y que descansando la justificación de la orden en la lucha por la verdade-

ra fe, al cesar esta quedaba gravemente comprometida la privilegiada situación de aquella. Por esto Hermann de Salza se cuidó con tiempo de buscar para su orden monástico-caballeresca un nuevo teatro en que pudiera cumplir su doble misión. El plan de trasladarse á Transilvania, ajustando para ello un convenio con Andrés II de Hungría, fracasó cuando el duque polaco Conrado de Masovia se dirigió á los caballeros de la orden solicitando su auxilio para la lucha contra los paganos de Prusia.

Al poderoso vuelo que había tomado Polonia en tiempo de Boleslao el Grande (1), sucedió despues una rápida y profunda decadencia. Los polacos, divididos en pequeños Estados hostiles entre sí á consecuencia de odios de familia, se veían amenazados por todos lados: la Masovia y la Pomerelia eran las que más especialmente sufrían los efectos de

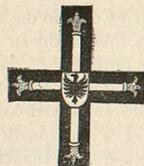


Sello del rey Ricardo Plantagenet de Cornwal (1257)

de los territorios que la orden había poseído en Palestina. El nombre de Montfort, que llevaba la casa matriz de los Santos Lugares, fué reproducido en el de Starkenberg (monte fuerte), de suerte que en la nueva patria quería la orden perpetuar los nombres de Oriente que le eran caros. La primera victoria formal, conseguida en 1234 junto al Sorge, permitió á la orden fijarse definitivamente con segura planta en las comarcas del Vístula, cuya conquista regular comenzó desde aquel momento. Por lo general, la orden se condujo allí de la manera que se habían conducido con el mismo fin los normandos en la Baja Italia, los cruzados en Palestina y Enrique IV en Sajonia. Con el apoyo de un ejército engrosado por los cruzados procedentes de Alemania, construyóse con tierra y maderas un castillo en un punto dominante del país que se quería conquistar; en él se dejó una guarnición, que poco á poco fué sojuzgando los territorios de los alrededores y que en las largas luchas quebrantó con su pequeña guerra las fuerzas del enemigo. De esta suerte se estableció la orden, desde las fortalezas de Thorn, Kulm y Rheden, en el territorio de Kulm; la sumisión de la Pomerania se consiguió desde Marienwerder, la de Pogesania desde Elbing. Hecho esto, los caballeros teutónicos descendieron el Nogat, para tener, por medio del río Haff, comunicación con el mar; desde Bolga y desde Königsberg fueron sojuzgadas respectivamente la Ermelandia y la Samlandia, mientras que la fuerte Memel constituía un castillo

(1) Véase más arriba.

fronterizo desde donde se podía hacer frente á los salvajes sámitas. Los triunfos conseguidos corrieron, sin embargo, gran peligro dos distintas veces, á consecuencia de un levantamiento general de los vencidos. La primera sublevación (1242-1246), que se vió protegida por el duque Swantopolk



Cruz de los caballeros de la orden teutónica

de Pomerelia, vecino occidental de la orden, no fué, ni con mucho, tan peligrosa como la unánime rebelión nacional motivada en 1261 por la victoria del príncipe lituano Mindowa y por una serie de violencias cometidas por los caballeros de la orden. Esta insurrección no pudo ser dominada completamente hasta veinte años despues, bajo la dirección

del maestre provincial Mangoldo de Sterenberg. En aquella lucha fué casi totalmente destruída la raza prusiana, no quedando de ella mas que algunos pocos restos: era pues preciso repoblar de nuevo aquel territorio. La orden teutónica, además de su fama militar, alcanzó allí fama de organizadora y de administradora; por sus cuidados florecieron las ciudades de Thorn y de Kulm, á las cuales se concedió un derecho municipal parecido al de Magdeburgo. Fundáronse nuevas ciudades, los nobles alemanes obtuvieron tierras, labradores alemanes poblaron las nuevas aldeas, y gracias á la solicitud con que la orden atendió á la cultura de un país destinado por la naturaleza á ser madre política de Alemania, aquel país pudo alcanzar una gran prosperidad. Desde el imperio dirigian algunos sus codiciosas miradas á la nueva Alemania, que se extendía al otro lado del Vístula, la cual, á pesar de la doble naturaleza especial de sus señores, supo librarse de toda influencia eclesiástica y de toda explotación pontificia, y ejerció los derechos y cumplió los deberes del Estado de un modo tan claro, consecuente y práctico como no lo vemos casi en ninguno de los nuevos Estados que se formaron en Occidente.

## HISTORIA DE LOS ESTADOS DE OCCIDENTE DURANTE LA EDAD MEDIA

### PARTE SEGUNDA

SEPARACION DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA Y TRANSFORMACION DE EUROPA  
POR LA CONSTITUCION DE ESTADOS NACIONALES

#### INTRODUCCION

Quinientos años habian transcurrido desde el glorioso reinado de Carlomagno cuando el imperio romano restaurado cayó víctima de su impotencia, rompiéndose el lazo que hasta entonces habia unido á los pueblos romano y germánico y apareciendo cada vez mas marcados los antagonismos y diferencias entre romanos y germanos que vinieron á suceder á su decantada union. Pero aunque los pueblos habian aprendido que eran naciones y se esforzaban por constituirse en Estados, el pueblo aleman hasta entonces habia conservado una situación, si no soberana, por lo menos directiva.

La organización política del Occidente habia tenido por base durante algunos siglos la union de la monarquía alemana con el imperio romano; además, el mismo punto de partida y el mismo objetivo caracterizaban el movimiento civilizador comun á todos los pueblos occidentales. El ocupar el centro de estos pueblos y el haberse atraído á los del Norte y del Este dieron origen á la gran importancia histórica del pueblo aleman, importancia que motivó y á la que respondía la situación de los alemanes durante los quinientos años que mediaron desde Carlomagno hasta la caída de los Staufén.

Lo que en otro tiempo habia dejado el imperio romano, es decir, los restos de la antigua cultura capaces de desarrollarse, habia ido á parar, por mediación de la Iglesia, á manos de los alemanes y sido convertido por estos en patrimonio comun de los pueblos que vivían al Norte de los Alpes. En este suelo echó sus raíces la civilización de las diferentes naciones que, mas adelante, se separaron viviendo una existencia independiente; pero sin perjuicio de esta independencia, pudieron reconocerse congéneres y por tanto entenderse y comunicarse entre sí. En el Norte y en el Este, sin embargo, el germanismo ocupó una situación que le proporcionaba cada día mayores fuerzas y que, conservada con éxito, sobrevivió á la misma ruina del Imperio. Siguiendo el impulso que le habia dado Carlomagno, y durante un siglo de luchas, ora prósperas, ora adversas, extendió sus fronteras del Elba y del Saale hasta muy adentro de los países orientales vecinos, sentando en Havel, Spree y Oder, en Pregel y Memel, los mojones orientales desde los cuales habia de partir la renovación de su modo de ser nacional. La Iglesia, así como habia tomado parte activa en estos grandes trabajos de la Alemania de la Edad media, intervino y se

infiltró en el imperio aleman en todos sentidos, de suerte que en toda la existencia de éste no habia cuestión alguna de cierta importancia que no afectara á la vez á la Iglesia y al Estado. Esto imprimió precisamente un carácter especial á la historia alemana durante los quinientos años que siguieron á Carlomagno, y esto explica también y caracteriza la diversidad que se advierte entre el desenvolvimiento de Alemania y el de los demás pueblos; de aquí se derivó asimismo la fatalidad que pesó sobre Alemania en la época en que la mayoría de los pueblos, idealmente unidos bajo el Imperio, se dieron, por motivos nacionales, una organización política independiente.

Ya en el imperio del mismo Carlomagno los pueblos habian permanecido unidos mas bien exterior que interiormente (1), y en Alemania, al contrario de lo que acontecia con el Occidente romano, la situación no se habia modificado esencialmente. La diferencia entre las razas germánicas, con haberse disminuido mucho á fines del siglo XIII, era todavía tan grande que la Alemania ni podia llegar á ser una monarquía nacional, como Francia, ni producir, como Inglaterra, una constitución que mantuviera á la nación unida. Carlomagno habia dado á su imperio un carácter eclesiástico, procurando buscar en la unidad de creencias de sus súbditos la manera de sustituir la unidad política de que sus extensos dominios carecian. Este carácter continuó subsistiendo en el Imperio y presidiendo de un modo esencial al desenvolvimiento de Alemania. El Imperio, precisamente en los tiempos de su mayor poderío, tuvo un carácter marcadamente eclesiástico, en el cual se apoyaba principalmente la situación preponderante que ocupó en el centro y al frente del sistema de Estados de Occidente. En efecto, dada la manera de pensar de aquellos siglos, no era posible el Imperio sin la Iglesia y, para cumplir su misión, debía no solo ejercer una influencia decisiva sobre ésta, sino también es forzarse porque permaneciera sometida á su soberanía y pusiera al servicio de su política todos los medios terrenales y espirituales de que disponía. Los reyes alemanes, partiendo de la idea de que el cristianismo estaba llamado á ejercer la soberanía universal y de que al coronarse emperadores se convertían en adalides de esta misión, pretendieron á su vez

(1) Véase la primera parte.